

CAPÍTULO XLIX. *En que se trata lo que sucedió a esta armada desde que salió de la bahía de San Bernabé hasta llegar a la isla de Cerros*



A DIJIMOS EN EL FIN DEL CAPÍTULO PASADO, cómo esta armada había salido a 5 de julio, la cuarta vez, de la bahía de San Bernabé, para proseguir su viaje y navegación. Luego como salieron, encontraron estos navíos con el capital enemigo, el viento norueste, y fue tan molesto que, no pudiendo resistirle, la fragata se llegó al abrigo de la tierra y la capitana y almiranta se engolfaron, hasta perder de vista la tierra, para ver si podían ir adelante; y con esto la fragata se les quedó atrás y tuvo por partido muy bueno poder tornar a tomar el puerto, de donde había salido con las demás; y la capitana y almiranta entendían que la fragata iba prosiguiendo su navegación, al abrigo de la tierra, costeano a remo y vela, prosiguiendo; con esto, aseguró su viaje a fuerza de brazos (como dicen), pues fue siempre por bolina y barloventeando. Con todo determinaron llegar a tierra por ver si pudiesen ver la fragata, y llegándose a ella a 8 del dicho mes, enfrente de unas tierras altas, quedaron en calma, de suerte que en ocho días no anduvieron una sola legua; y esto fue una cosa de tanto enfado que por ello se llamó esta sierra del Enfado; y no fue por falta de viento, que aunque lo hubo, eran más fuertes las corrientes que iban contra el viento, que todo cuanto con el viento se andaba, se desandaba con las corrientes en un mismo tiempo e intervalo, y esto experimentóse, porque por señas que se demarcaban, por la tierra se vía evidentemente; y en calmando el viento cesaban las corrientes; y en venteando, corrían luego. Fue este un trabajo tan notable que para salir de allí fue menester el ayuda del cielo; y así a 16 del dicho, que fue el día en que se celebra la fiesta solemne de Nuestra Señora del Carmen, los religiosos, como la llevaban por madre y por patrona de este viaje, pusieron en un altar la imagen de la madre de Dios del Carmen que llevaban y la hicieron su fiesta; y cada cual la hizo sus promesas, pidiéndola se sirviese de llevarlos de allí; y estando en la oración vino luego un viento fresco, suave y apacible, con el cual las naos salieron de aquella tierra enfadosa y llegaron hasta cerca del puerto de la Magdalena, que por otro nombre se llamó el puerto de Santiago y aquí sobrevino una neblina tan espesa y oscura, que a seis pasos no se vía un hombre a otro. La capitana llegóse a tierra para reconocer el puerto dicho, entendiendo que la almiranta la seguía, y habiéndole reconocido se entró dentro del puerto a 20 del dicho. La almiranta, por no dar con aquella obscuridad en algún bajío o peñasco, se apartó de la tierra y cuando aclaró el día no vio a la capitana, ni pudo entender qué se hubiese hecho; porque ni cerca de tierra, ni por la mar parecía, ni había muestras de haber por allí puerto. Y por entender había pasado adelante fue prosiguiendo su viaje y de esta suerte se perdieron la una de la otra y hasta la isla de Cerros, que se encontraron, casi como por milagro, no supieron jamás la una de la otra.

Ya dijimos cómo la nao capitana se había entrado en el puerto de la Magdalena, entendiendo que la nao almiranta iba en su seguimiento. El día siguiente mandó el general a unos soldados que subieran a un cerro alto, del cual se descubría la mar, para si parecía la almiranta hicieran humos para que les sirviera de aviso; como estaba allí surta y ellos la divisaron bien y hicieron todo aquel día grandes humos y los de la almiranta los vieron, pero siempre entendieron eran indios los que hacían aquellos humos, como lo hicieron por toda la costa los indios que en ella había, en viendo que vían los navíos, para que se llegaran a tierra. y así no hicieron caso de ellos los de la almiranta y prosiguieron su viaje en busca de la capitana, como queda dicho; y así no hallaban ensenada, ni puerto, ni bahía, ni isla que no lo reconocían y miraban todo, por ver si pudiesen hallar a la capitana, que ya se les quedaba atrás. El general hizo otras muchas diligencias para llamarla, mas no aprovecharon cosa. Hallándose la capitana sola el día siguiente, que fue día de la Magdalena, a 22 de julio, dijeron misa en tierra el padre comisario y el padre fray Tomás, con harto pesar de no tener consigo al padre fray Antonio, que iba solo en la nao almiranta; aquí confesó y comulgó la más de la gente de la capitana y por esta festividad se llamó bahía o puerto de la Magdalena. Es esta bahía grandísima y en sí tiene lindos puertos y abrigos y tiene dos entradas, y por ella entra la tierra adentro un grande y ancho brazo de mar, que no se supo hasta dónde llegaba. En esta bahía se halló un muy grande corral, hecho en la mar, de casi media legua, todo de vigas gruesas que los indios tenían hecho para sus pesquerías. Había en toda la tierra que cercaba la la bahía, grandísimo número de indios desnudos, todos con arco y flechas en las manos, de buenos cuerpos y afables; éstos, cuando se llegaron a los españoles, lo primero que hacían era ofrecerles los arcos y las flechas, en señal de paz. Trajeron copal o incienso, porque toda aquella tierra está muy poblada de los árboles en que se cría, que son unos ciruelos como los que dijimos había en la bahía de San Bernabé (según queda dicho en el capítulo pasado). En esta bahía hay una ensenada que no tiene otra cosa sino almejas, muy buenas y sabrosas. Aquí procuraron buscar agua y hallaron una poca que se había detenido en un pozo de unas peñas que allí había y toda verde y casi corrompida; de aquí se trajeron algunas botijas de agua, con harto trabajo y desconsuelo demasiado, por verse sin la almiranta y sin la fragata.

En el principio de este capítulo dijimos cómo la fragata se había tornado a la bahía de San Bernabé sin saberlo nadie de los de la capitana y almiranta, la cual, viendo que el viento se había sosegado, tornó otra vez a salir en busca de su capitana y almiranta, y viniendo junto a tierra vieron una ensenada o bahía grande y entendiendo las hallaría allí entró dentro, y ésta era la otra entrada de las dos que dijimos tenía esta bahía de la Magdalena de quien vamos hablando, y allí halló muchos indios de paz, que también ofrecieron luego los arcos y flechas a los españoles que en ella iban; y como no viesan por allí lo que buscaban, tornaron a salir por donde habían entrado y llamáronla bahía engañosa de Santa Marina, porque

los había engañado; esta bahía es la que llaman el puerto de el Marqués o de Santiago y fueron costeano la tierra y, encontrando con la bahía de la Magdalena, entraron dentro y hallaron allí la capitana, que fue a todos de sumo gusto.

Como el general se halló con la fragata dio orden de salir de allí e ir en busca de la almiranta, pues era cierto iba delante y así salió la capitana con la fragata de esta bahía un domingo por la mañana, que se contaron veinte y ocho días de julio, y porque no se le quedara atrás la fragata mandó el general que de la nao capitana se le diese un cabo. Cosa de cinco leguas más adelante de la bahía de la Magdalena, sobrevino una furia de viento norueste que les dio bien en que entender, y queriendo repararla en una bahía que allí había, no se atrevieron, porque les pareció la entrada muy peligrosa; por parecerles había bajos y reventazones de mar y así como pudieron se volvieron y prosiguieron su viaje en busca de la almiranta. Toda la costa de por aquí es llana, apacible y poco montuosa la tierra adentro. En treinta de el dicho mes de julio llegaron a vista de una bahía que parecía desaguaba por allí algún río y por ver lo que fuese el general envió la fragata a que la reconociera y antes de llegar a ella vieron que reventaba la mar mucho en la entrada; y pareciéndoles ser dificultosa, se tornaron a dar razón de lo que queda dicho; y con esto prosiguieron su camino.

Este paraje o ensenada, que se llamó de San Christóbal, la nao almiranta la había reconocido porque a dos leguas de ella surgió y echó ancla a la mar, y con la barca de la nao fue el capitán Peguero a reconocerla y vio era río y que la reventazón era la reflexión que la corriente de el río hacía con la resistencia de la creciente de la mar; porque a la entrada, en las reventazones que dijimos, había más de seis brazas de fondo y entrara dentro el capitán con la barca si la noche no se acercara, que eran ya las ocho de ella y así se tornó a la nao, por lo que aquella noche podría suceder y dijo lo que queda dicho. Llamósele de San Christóbal la ensenada, porque en este día se reconoció y con esto aquella misma noche prosiguieron su viaje hasta entrar y reconocer la bahía que se llama de las Ballenas, como presto diremos.

Prosiguiendo su navegación la capitana y fragata, con deseo de hallar la almiranta y de hallar sitio donde poder tomar agua (de que iban las dos con mucha necesidad), vieron desde lejos una bahía grande; y pareciéndole habría allí algún reparo o consuelo, para la necesidad que llevaban, envió el general la fragata a que viese lo que era, y llegando a ella vio que por la parte donde había llegado había una restinga de bajos; y pareciéndole no ser de consideración hizo señal a la capitana que no llegase; y con esto prosiguieron su viaje.

Esta ensenada ya la había reconocido y fondeado la nao almiranta y la había puesto por nombre bahía de Ballenas, porque es sin número las que allí hay y es la causa una grandísima abundancia que hay en este lugar de varios géneros de peces y a la pesquería de ellos es su asistencia allí; y sin esto es tanta la multitud que hay de varias aves y pájaros que causa espan-

to y admiración el ver tanta multitud y variedad que todos acuden allí, a buscar su sustento de los peces pequeños, como las ballenas.

Hay en esta bahía muchos indios y tan afables y amigables que no se podían desear más, de buenos rostros y más blancos de los que hasta allí se habían visto. Allí dieron estos indios muchos ostiones en unas redcillas de hilo muy delgado y muy curiosamente labradas y los indios desearon venir al navío; mas, por la grande resaca y tumbo de mar que el agua en la playa hacía, no se atrevieron a echar al agua, ni los de la almiranta se atrevieron a saltar en tierra, por no perder la barquilla que era pequeña; por ver la tierra se echó a nado el alférez Acevedo, con otro soldado, y cuando los indios los vieron fuera de el agua, con unos palos largos les dieron los ostiones, con las bolsas de red que he dicho. Y tenían por dioses a los españoles, que no osaban tocarles. Por señas dijeron los indios había allí cerca agua y leña y que la tierra adentro era muy ancha y había muchas poblaciones grandes y mucha gente que de allí se podrían traer muchas cosas, que según pareció debían contratar con los de la tierra adentro; porque parecían ser pescadores y que lo que cogían lo llevaban a vender a las poblaciones que decían ellos.

Dos días estuvo aquí la almiranta aguardando a ver si la resaca amansaba para saltar la gente con armas en tierra, para tomar agua y leña de que llevaba mucha necesidad, y en todo este tiempo los indios no se quitaron un punto de la playa, llamando a voces a los de la nao; mas como la mar no se sosegaba y la necesidad era grande, el almirante mandó que salieran de allí y prosiguieran su viaje a buscar remedio para su necesidad; y así salió la almiranta de esta bahía de Ballenas, el último día de el mes de julio; y prosiguiendo su viaje llegó a las islas de San Roque, que eran cerca de allí; porque sólo había entre medias ocho o diez leguas y en medio había una sierra alta que las dividía que se llama de los Siete Infantes, por siete montes altos que en ella había en renglera, distintos cada cual por sí.

Prosiguiendo la capitana y fragata su navegación, desde la bahía de Ballenas, donde dijimos no habían entrado por parecerles no ser cosa de consideración, a ocho de agosto llegaron a vista de una ensenada que les pareció sería buen puerto y así entraron en ella y surgieron y fueron a tierra, con algunos soldados, a ver si había agua o leña en aquella tierra y no hallaron sino mucha esterilidad y así se tornaron a la nao y prosiguieron su viaje; y la víspera de la Asunción de Nuestra Señora llegaron a una isla que había cerca de tierra, donde ya la almiranta había estado y reconocido y corrido toda aquella tierra de la marina, los que iban en ella; y por ver los de la capitana había otra isla dos leguas más adelante, pasaron a ella y no surgieron en la primera que se llamó de la Asunción, donde la almiranta estaba surta; la cual llegó a ella a cinco de agosto. Es esta isla mediana de arena y cascajo y toda está llena de alcatraces y aquí fue donde el padre fray Antonio de la Ascensión y el capitán Peguero hallaron el alcazaz atado, para adquirir con él de comer los indios, como se dijo en el capítulo tercero de este viaje, tratando de esta especie de pájaros. Aquí en esta isla, en unos cabos que la mar hacía, hay infinito número de lobos

o perros marinos tan grandes como unos becerros y hay infinito número de peces varios y diferentes, que con cordeles casi en una hora el almiranta y dos soldados sacaron media barca de ellos, todos muy sanos y de buen gusto. Aquí había sardinas de más de a cuarta, que en Laredo no se cogen mejores. Aquí en la tierra firme dijo misa el padre fray Antonio el día de la transfiguración de nuestro redemptor Jesucristo y comulgaron algunos soldados y en acabando de celebrar la misa fueron algunos con el sargento Miguel de Legar a ver si hallaban agua o leña y enfrente de la isla, que dijimos, estaba más abajo adonde fue a surgir la capitana, hallaron una laguna llena de muy buena sal y cerca de allí hallaron unos pozos, hechos en la arena en que había agua dulce y algo salobre, y avisando de cuán lejos estaba y cuán dificultosa cosa sería el tomar allí agua, el almirante con los de su consejo, se determinaron a pasar adelante en busca de la isla de Cerros y de la capitana y así salió esta nao almiranta de aquella isla, habiendo el padre fray Antonio demarcando la tierra, en nueve de agosto.

*CAPÍTULO L. En que se trata de lo que le sucedió a la nao capitana y fragata, hasta hallar a la nao almiranta, en la isla de Cerros; y de lo que a la almiranta le sucedió desde que salió de la isla de la Asunción hasta encontrar con la capitana en la dicha isla*



A TOCAMOS EN EL CAPÍTULO PASADO cómo la capitana y fragata llegaron a reconocer la isla de la Asunción y que no habían parado allí, sino que pasaron adelante a la otra isla que había, de allí a dos leguas y cerca de ella surgieron el día de la Asunción de Nuestra Señora, en la tarde; y llamóse la isla de San Roque. El día siguiente el general mandó al alférez Alarcón, que con algunos soldados fuera a tierra a buscar agua; y con él fue el alférez Martín de Aguilar, galeote; y discurriendo por una parte y otra el alférez Aguilar topó con los pozos de el agua y con las salinas que los de la almiranta habían ya hallado; y allí hallaron rastro de cómo los de la almiranta habían estado allí, que fue a todos de sumo gusto y contento. De estos pozos tomaron agua y fue cosa digna de consideración lo que allí se veía en ellos; como estaban hechos en la arena, para que no se cegasen, pusiéronles unas medias pipas, para más a gusto tomar el agua que fuese manando; y sucedió que toda la que dentro de la pipa manaba era salobre, como la de la mar y la que se rezumía y trasmataba fuera de la pipa, era dulce y muy sabrosa; y de ésta tomaron agua para remediar su necesidad; y como la reventazón, que la mar hacía en la playa, era muy grande, sucedió que una vez, estando cargada la barca con botijas de agua y algunos soldados dentro y el alférez Alarcón con ellos, vino un grande tumbo de mar que la trastornó y por muy poco no cogió debajo a la gente, que sin falta se ahogaran todos. Tomaron mucha sal